

LA ACTUALIDAD EXTERIOR EN TORNO A ESPAÑA

Para quienes no conozcan cómo se edita una revista bimensual, será preciso recordarles que la preparación de los originales ha de hacerse con forzosa antelación. Por tanto, cuando se publican sus artículos y notas, la vertiginosa sucesión de los acontecimientos—típica de nuestra época—los hace presentar una faz envejecida. Es un problema sin otra solución que el buen sentido de los lectores, ayudado por la continuidad en el desarrollo de muchos problemas, que no aparecen ni desaparecen súbitamente.

* * *

El comentador de la actividad o actualidad internacional en torno a un país, en nuestro caso España, no escoge forzosamente los acontecimientos. Se los encuentra en la realidad. Puede, en una selección ponderativa, dedicarles más o menos espacio: pero pecaría contra la probidad informativa, si eliminara voluntariamente a alguno, porque su exposición o comentario sean delicados o desagradables, lo mismo que si inventara otros. Esto último no suele suceder en España; pero fuera de ella, la "libre prensa" y las no menos "espontáneas" agencias de información se han pasado la vida inventando noticias o deformándolas o silenciándolas, en relación con España. Las rectificaciones rara vez han llegado. Estamos acostumbrados, aunque no resignados.

Lo anterior viene a cuento, porque en el número 108 de esta REVISTA, tocamos—obligadamente, por su importancia—los temas de las negociaciones y preacuerdo con la CEE y de las negociaciones con los EE. UU. Sobre los primeros, a la hora de redactar estas cuartillas, se ha anunciado la firma el 8 de junio del texto convenido; el daño a la tradicional exportación de los agrios estaba archiconsumado. Y, por cierto, la CEE, tan rigurosa o

hermética por el sur, parece que estudia una amplia apertura por el norte: el Reino Unido ahora conservador, y varios países escandinavos. Que Europa se haga a base de todos y no de unos pocos nos parece excelente. Sólo pronosticamos algo fácil: que la Europa de los Diez—de los que se habla y escribe— será diferente de la Europa de los Seis: para sus miembros y para quienes tienen tratados o nexos con la Comunidad. A dónde irá esa Europa, es poco fácil de imaginar, a la vista de acontecimientos tales como las negociaciones entre las dos Alemanias, las de Bonn con Moscú, la conferencia de Viena (sucesora o continuadora de la de Helsinki) y las "invitaciones amistosas" del Consejo de la OTAN a los países del Pacto de Varsovia. Por cierto, la amabilidad de esas invitaciones contrasta con lo que se ha publicado sobre la actitud de varios poderosos miembros—Inglaterra, Dinamarca, etc.—sobre el ingreso o adhesión de España a la OTAN. Después de todo, hay cierta lógica en la falta de lógica: de España ya se sirven, por unos medios u otros. Excluirlo y aún cultivar la catilinaria verbal no les supone, por el momento, contratiempo alguno. En la fracasada maniobra en la O. I. T. se ha visto.

* * *

En cuanto al tema de las negociaciones hispano-yanquis, es el que de peor gana recogemos. Trozos—seleccionados con dudosa fortuna—de nuestro artículo anterior, se publicaron en diarios españoles. El aluvión de comentarios en esos diarios nos releva de insistir sobre lo que está suficientemente esclarecido. Permitásenos sólo un recuerdo del, llamémosle gracioso pese a su tono iracundo, artículo del "Washington Post" (2 de junio) del que se deduce que un acuerdo razonable, con garantías para las dos partes "ofendería los sentimientos" de muchos norteamericanos y de algunos aliados del Tío Sam. Pero si el acuerdo es como lo quiere Washington, esa susceptibilidad desaparecería. La verdad es que la táctica enunciada por el periódico de "lo toma o lo deja", no puede sorprender a los españoles. Fue empleada cuando tras de invadir Florida—España luchaba angustiosamente contra Napoleón—los invasores consiguieron el tratado de cesión de 1819 (22 de febrero). Y cuando las negociaciones que precedieron al diktat de París (10 de diciembre de 1898). Sólo que entonces la parte fuerte estaba en algunas capitales del Ultramar español por derecho de conquista (y de retraso: Manila capituló al día siguiente del armisticio); y ahora nadie está en España por título semejante. En fin, la cosa está, como dijimos muy clara,

y no queremos insistir, sobre ella. La "Hoja del Lunes" de 8 de junio daba por prácticamente lista la conclusión de variados acuerdos entre los dos países; con variedad de contenidos acorde con el criterio español. Luego ello se rectificó. Laird dijo que se negociaría después: estamos repitiendo el ciclo de 1969. Por eso saludamos con satisfacción el acuerdo Debré-López Bravo, que demuestra que existen muchos Estados.

* * *

Gracias a Dios entramos en un tema grato: la visita de Caetano a Madrid, y la reafirmación con hechos del espíritu de cooperación peninsular. Los dos Estados de la Península han experimentado ya, el balance—netamente desfavorable—de vivir de espaldas o enfrentados. Intereses coincidentes y realidades insoslayables abonan la continua y creciente cooperación de los dos ocupantes del mismo solar, ligados por el espíritu y la sangre; que han servido quijotescaamente a la Humanidad con sus respectivas descubiertas, y que llevan bastante tiempo no siendo excesivamente mimados por los poderosos—se llamen amigos o no—ni por los que no son poderosos, pero creen poder atreverse con ellos.

Con objetividad, reputamos fecha feliz en la Historia Exterior de la Península, la del 17 de marzo de 1939, fecha del llamado Pacto Ibérico o Peninsular (nos gusta, como a los portugueses, más el último nombre). Este instrumento, tan breve, tan escasamente detallado, se ha revelado—con sus prórrogas en 29 de julio de 1940 y 20 de septiembre de 1948—precioso para la preservación de la paz. A los que dicen que las relaciones peninsulares ocupan un lugar modesto en el cuadro de los acontecimientos mundiales, les responderemos que cuantitativamente puede ser. Pero en otro orden más cualificado de valoraciones internacionales, no. Y además para los dos países interesados son fundamentales. Quizá técnicamente no hacía falta concretar una nueva prórroga; pero no ha sobrado el tercer protocolo adicional, después que el discurso de Franco Nogueira en la Asamblea Nacional portuguesa, sacudiera la sensibilidad del español medio, sorprendido ante aquél. Que gentes de escasa preparación—en uno y otro país—conserven por inercia viejos recelos y despegos, es normal; no importa. Pero que un ex-ministro de Relaciones Exteriores volcase tanto, digamos "despego", hacia el país, que más de una vez visitó y con cuyos representantes conversó cordialmente en España y en la ONU, lo comprendemos mal.

* * *

Ya sabemos que el Pacto Peninsular no es un remedio total para los problemas de las partes: su limitación de medios impone prudentes reservas a las recíprocas asistencias. Concretamente en Ultramar: ni España pudo hacer nada por Portugal en 1891 y en 1961 (aunque tampoco prohibió el vuelo de aviones de socorro a Goa como la "velha aliada") ni Portugal pudo hacer nada por España en 1898 y en 1957. Ahora mismo la disimilitud ultramarina es patente: España ha liquidado gran parte de su modesta presencia en Africa y Oriente, donde la lusitanidad está tan arraigada, que de hecho existen, por lo menos dos Brasiles, aunque muchos "expertos" extrapeninsulares lo ignoren. En cambio, y de 1936 a 1941, Portugal ayudó a España en la Península. Así pues dentro del solar matriz, el peninsular, el Pacto y sus tres protocolos son excelentes. Y no son un aislado y platónico instrumento de cooperación. En otro lugar de esta REVISTA se insertan dos nuevos Tratados, pendientes de ratificación por las Cortes españolas, uno, el relativo a la pesca—¡los viejos recordamos las lamentables querellas a propósito de su práctica que pagaban inocentes pescadores!—y, otro, a la construcción del puente sobre la boca del Guadiana, nuevo lazo entre Andalucía y Algarve, y, en definitiva, entre los dos países.

* * *

La visita de Caetano, permitió un análisis común de la actualidad internacional, y el acuerdo de establecer reuniones anuales de consulta. El acuerdo inicial de cooperación económica, con vistas a un desarrollo equilibrado, coordinado y armónico, de las dos economías, habida cuenta de la tendencia mundial hacia "grandes espacios económicos". Se firmaron, además, acuerdos de cooperación económica y de comercio. De cooperación científica y tecnológica (intercambio de expertos y de información, uso de instalaciones, proyectos comunes). Un convenio adicional al de Seguridad Social de 11 de junio de 1969. Se acordó seguir negociando en materia de transportes terrestres y aéreos, y de telecomunicaciones (lo que sustituirá, sin duda, algunas de las estipulaciones de 1 de febrero de 1960, ya afectadas en 1967 y 1969). Y en cooperación nuclear. Se firmó un Acuerdo cultural (educativo, científico, artístico). No fue escaso el balance, de la breve pero sustanciosa estancia de Marcello Caetano en Madrid, donde—aparte de otros contactos—fue recibido por el Jefe del Estado y por su sucesor. La amistad hispanoportuguesa

fue felizmente concretada por Salazar y Franco en 1939: pero sus raíces son tan hondas que superviven a las figuras y a los periodos históricos.

* * *

Y volvemos con los temas desagradables. Marruecos envió a su ministro a Londres, y no por protocolo. Tras su vuelta, España envió su ministro a Rabat (un comunicado hablaba de "amistad, franqueza y comprensión"). Y rápidamente el 28 de mayo, en Tremecén, Hassan II y Bumedian acordaron coordinar sus esfuerzos para liberar y descolonizar los territorios "ocupados por España". Seguidamente Marruecos envió al premier Laraki a Washington—donde contaba con buen ambiente: no en balde Marruecos cerró las bases americanas en su suelo—y, por fin, Hassan se entrevistó con Uld Daddah en Casablanca. Un observador ingenuo diría que como Marruecos no pudo devorar a Mauritania ni conquistar Tinduf y Bechar, se "concentra" contra el Sahara español. La interpretación dada por un portavoz del Gobierno español fue más benévola, reposando sobre los acuerdos de la ONU. Por otra parte dos ministros españoles fueron a Mauritania a la inauguración de una planta industrial. Podríamos calificar a Rabat de ingrata, si en política pesaran los sentimentalismos—o la ponderación—, pues las cesiones precedentes, parecen haber excitado el apetito rabati, quizá estimulado por una pobre idea de nuestro país como fácil blanco, estratégico y diplomático. Hipótesis que confiamos podrá rectificarse con claridad, y deseablemente sin violencia; que, por supuesto, nunca desencadenaría España, acorde en efecto con las resoluciones de la ONU sobre el Sahara, donde vive poca gente, pero alguna, al fin, con la que hay que contar. Aunque no esperando pasivamente cualquier iniciativa más o menos imprevisible de Rabat. Además todos sabemos que tras del Sahara—que huele no a petróleo pero sí a fosfato—vendrían otras apetencias, quizá sobre dos municipios españoles, adosados al litoral marroquí (aunque nunca pertenecieron al Estado marroquí), pero tan cerca del resto de España, que uno dista de él 16 kilómetros. Y en donde, por cierto, viven muchos marroquíes, que se alejan de su propio paraíso y por donde entran divisas y provechos a Marruecos, país que parece olvidar sus propias vulnerabilidades estructurales. No creemos a los marroquíes tan insensatos como para desconocer que España defendería esas entrañables poblaciones con todas sus razones, primarias y últimas. Y cual sería el resultado.

En la "comedieta" norteafricana todos juegan a algo: la oposición a hacer méritos, y los Gobiernos a distraer de carencias y problemas animados por otros intereses (por cierto foráneos) para obtener supuestos provechos. En definitiva, Rabat ha ratificado su reciente tradición de inquietar a un útil amigo y de dificultar la amistad hispano árabe. En 24 horas los acuerdos de Tremecén han hecho más para difundir la tesis israelita en España, que todos los esfuerzos de la propaganda sionista durante varios años. Allá cada cual.

* * *

España actuó en la ONU. Anotamos la feliz intervención de su acreditado representante Piniés en dos espinosos problemas: el régimen rhodesiano (donde los anglosajones abandonaron toda máscara ejerciendo el veto); y la invasión del Líbano, que como Túnez y Seudía, es uno de los países árabes estabilizados, y que, desde luego, no amenaza a nadie, aunque por su suelo transiten gentes armadas de variado origen. Los sucesos de Amman confirmaron lo que muchos españoles piensan con pesadumbre.

España ve con pena que en el Medio Oriente, el valor desesperado y anárquico por un lado, y el poder metódico por otro, reemplazan al sentido común para concluir un conflicto que brinda oportunidades a los terceros que siempre pescan en aguas revueltas. Parece ser triste signo de los conflictos orientales, éste de la falta de sentido común; porque en el de Indochina, hasta los ciegos adivinan que la actual tragedia puede fácilmente quedar superada en el futuro, por otra mayor, si se produjeran derrumbamientos que afectaran a la estructura de media docena de países ajenos a las causas del problema. La fraterna Filipinas tiene "el mar por medio": pero la subversión en casa.

Dios dé a los dirigentes de todos los Estados, especialmente a los de los poderosos, luz, claridad, limpieza de miras y decisión precisa—sea lo que fuere—para que la paz vuelva a los Orientales.

* * *

Y concluimos este examen, con el grato registro de la visita del ministro Oriol Urquijo a Roma, con motivo de la solemne canonización de Juan de

LA ACTUALIDAD EXTERIOR EN TORNO A ESPAÑA

lvila, que le brindó ocasión para tratar, como creyente y como español, del tema de las relaciones concordatarias entre nuestro país y la Santa Sede. Entre tantas declaraciones disparatadas, las razonables y estimulantes del ministro, tras de su vuelta, fueron un estímulo para los nervios de quienes seguimos la atormentada actualidad internacional.

J. M. C. T.

ESTUDIOS

